



Humanizar el trabajo profesional en nuevos tiempos

José Alonso Morales

1.- Introducción

Cuando hablamos de humanizar nos referimos a una doble tarea: el proceso que cada persona (profesional) ha de llevar para que en su quehacer se decante, desde el interior, su ser moral y así se convierta realmente en ser humano, prójimo; por otra parte, la tarea y realizaciones que se van dando en los ambientes, estructuras o grupos hacia una humanidad nueva, nacidas desde el mismo compromiso que el colectivo de profesionales ha de ejercer en los nuevos tiempos.

Queremos ser fieles a la misión que el mismo Señor nos encomienda desde nuestras condiciones concretas de profesionales para ir perfilando los ejes vertebradores de acción profundamente humana en el corazón mismo de la realidad y superar las visiones intimistas que en otros tiempos acompañaban la aureola del “trabajo bien hecho”.

La realidad es compleja y abigarrada, está compuesta de muchos planos, en la que unos son fundamentales y otros para “usar y tirar”. Desde la postura de un cristiano que se acerca a estas situaciones es esencial el plantearse cuál de ellos es el que construye Dios en medio de esa urdimbre abigarrada y cómo va entrelazando acontecimientos para tejer su proyecto en medio de este mundo que convirtió en nuestro hogar.

Vamos a partir de unas parábolas que nos ayuden a ver desde otra perspectiva la panorámica donde nos situamos. Toda parábola tiene como fin instruir y al mismo tiempo crear situaciones de perplejidad y conflicto para que el oyente tome postura y elabore respuestas desde él mismo. Al ser un género simbólico está preñado de significaciones que hemos de ir sacando para confrontar en la vida real. Como nos dice P. Ricœur “todo texto da qué pensar y está preñado de interpretaciones.”

“Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar unos granos cayeron en la vereda; vinieron los pájaros y se los comieron. Otros cayeron en terreno rocoso, donde apenas tenían tierra; como la tierra no era profunda brotaron enseguida; pero en cuanto salió el sol se abrasaron y por falta de raíz se secaron. Otros cayeron entre zarzas; las zarzas crecieron y los ahogaron. Otros cayeron en tierra buena y dieron grano: unos ciento; otros sesenta; otros treinta. ¡Quien tenga oídos que oiga!”
(Mt. 13, 36 – 43).

“Se parece el Reinado de Dios a un hombre que sembró semilla buena en su finca. Mientras todos dormían llegó su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se marchó.

Cuando brotaron los tallos y se formó la espiga apareció también la cizaña. Los obreros fueron a decirle al propietario:

Señor, ¿No sembraste en tu finca semilla buena? ¿Cómo resulta entonces que sale cizaña?

Y les declaró:

- Es obra de un enemigo.

Los obreros le preguntaron:

- ¿Quieres que vayamos a arrancarla?

Respondió él:

- No, si acaso al arrancarla arranquéis con ella el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega. Al tiempo de la siega diré a los segadores:

- Entresacad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla; el trigo almacenadlo en mi granero”.

(Mt. 13, 25 – 30)

Las dos parábolas con que iniciamos esta aportación nos orientan en la tarea de leer los acontecimientos con los que nos vamos encontrando. Para un creyente la realidad no es un conjunto de fuerzas ciegas que se desarrollan sin orden ni concierto, sino que está traspasada por proyectos de liberación. El mundo está sembrado por los ideales y sueños de Dios a los que estamos invitados a cooperar en su realización. En momentos distintos, en circunstancias distintas, con respuestas distintas como en el caso del sembrador, se va sembrando y va creciendo esa utopía que nos convoca a todos. Una de las características de nuestro momento es la complejidad, el entrelazado de causas y situaciones que se trenzan unas con otras y las diferentes connotaciones morales esparcidas en variadas actuaciones.

Es un imperativo el estar vigilantes para descubrir los acontecimientos y momentos que se van dando en el proceso de la historia, cuáles son las fuerzas, intereses y movimientos que se van desencadenando en los diferentes tiempos. Esto es necesario para poder tener análisis serios y correctos, y diagnósticos de posibles soluciones. Precisamente la ausencia de estos análisis hace que colectivos muy determinados estén dando respuestas a preguntas y problemas no planteados por nadie. La mirada de un creyente ha de ser no sólo sociológica y técnica, de las que tenemos muchas elaboraciones hechas por autoridades en los diferentes sectores. Ha de ser un análisis para ir descubriendo el paso de Dios en la historia, detectar los dinamismos de la fuerza del Espíritu en los acontecimientos, y ahí, cooperar y responder en la transformación y cambio total.

Al reflexionar sobre la ética profesional no lo podemos hacer desde un laboratorio aislado donde estudiemos los diferentes aspectos de un trabajo, como respuesta a situaciones de personas pero arrancadas del contexto. Cada vez más, la labor del profesional se ve enmarañada en la trama de los

acontecimientos sociales, los cambios, las situaciones injustas y la marginación de miles de personas. De ahí vienen al menos dos imperativos que se nos imponen a la hora de canalizar las pautas de una ética profesional humanizadora.

- Analizar el panorama donde se sitúa nuestro trabajo. Lo que desde la parábola del Sembrador llamaríamos las diferentes tierras donde cae la semilla, donde crecen, de una manera u otra, los elementos dinámicos de nuestros momentos y los obstáculos y dificultades que hacen imposible un crecimiento espontáneo y eficaz de la construcción de una realidad más fraterna.

- Dotarnos de una paciente postura de discernimiento y espera. En la segunda parábola, los empleados corren al dueño para arrancar la cizaña y él les dice que hay que esperar al final no sea que arranquen también el trigo. Nuestra labor es de discernimiento permanente, no de jueces condenatorios en todo brote que nazca fuera de nuestros esquemas. Analizar, discernir y aceptar lo ambiguo de la realidad, ya que pasaron los tiempos en que los cambios sociales venían de sólo sectores cualificados para la revolución; ahora los cambios se van a dar desde múltiples causas y circunstancias que se entrelazan entre sí y donde no todo es válido. Nuestra tarea de discernimiento se ha de unir a empujar para que se de un final feliz, pero cuando el dueño lo crea conveniente y no cuando nosotros lo coloquemos en nuestra agenda.

2.- Donde estamos

El trabajo profesional ha sido tratado como situado al margen del dinamismo histórico y más bien vegetando entre los vaivenes de lo que iba sucediendo. Al ser considerado como actividades para ser “bien realizadas” de

un mundo particular e intimista, las diferentes tareas eran cercenadas del conjunto, y aparecían como obras buenas o malas sin conexión ninguna con el resto global, al dictado de los sectores empresariales o los poderes políticos. Se colocaba la fuerza del cambio en otros núcleos y colectivos aparentemente más dinámicos. Ha habido momentos en que todos los análisis detectaban como punto de cambio revolucionario algún sector determinado, y ahí se colocaban todos los ojos. En nuestros tiempos el cambio y la transformación, como decíamos antes, están completamente difuminados, y ha de venir de multitud de puntos y estructuras. Cada colectivo no se ha de sentir agente revolucionario sino un elemento más dentro del conjunto. En esa convicción nos hemos de situar.

La infravaloración del trabajo profesional como agentes de cambio ha venido planteada por el sistema liberal y neoliberal pero al mismo tiempo por sectores situados a la izquierda en el cambio social. Una serie de estigmas fueron profundizando esta marginación, aunque algunos de los elementos criticados han sido al mismo tiempo riqueza y garantía para planteamientos serios en este sector. Nos limitamos a enumerar las áreas de discusión, ya que no pretendemos aquí entrar en un estudio profundizado de la situación de esta clase en las sociedades.

Algunos de los puntos referidos como elementos de consecuencias negativas, dentro del estatus y las aspiraciones referidas a los profesionales, son:

- El interés económico y la garantía de un estatus social determinado.
- El garantizar el ejercicio profesional sólo a los afectados por el hecho que se ha llamado “cierre profesional”, donde sólo han de tener cabida los titulados o especializados, lo que ha provocado luchas frente a pretendientes de quehaceres cercanos pero no cualificados.
- El nivel de formación que se ha exigido, la actualización de sus destrezas y la garantía de una buena imagen entre la clientela.

- El ser considerados como una élite separada y aureolada de conocimientos y privilegios dentro del contexto social.
- La lejanía del mundo de la pobreza de un modo corporativo, aunque con gestos individuales y aislados de personas de buena voluntad.

No vamos a hacer en este momento una valoración y crítica de cada una de las acusaciones llenas de elementos negativos, pero también de posibilidades y aportaciones. Nos interesa ver cómo, en este momento, se contempla el panorama.

En el sistema neoliberal de un capitalismo avanzado y globalizado el panorama de la situación profesional cambia totalmente. La lucha obrera de otros momentos, elemento considerado como motor de cambio social, se ha diluido. Por una parte, los sindicatos han pasado a ser, en gran medida, interlocutores con el estado y la empresa, y colchón muchas veces para suavizar las reclamaciones que vienen desde los sectores menos favorecidos. La gran masa donde se sitúa la población es lo que se ha llamado “clase media”, que se ha formado por, entre otros, desde gente promocionada del mundo obrero, o venidos a menos de otros de poder adquisitivo mayor. Ahí se sitúa el mundo profesional y podríamos decir que es, si nos referimos ahora al primer mundo, donde está la mayoría de los ciudadanos de todos los países.

La labor de los profesionales aparece con elementos nuevos y capaces de introducir mecanismos de cambio, pero el sistema neoliberal, que no le interesan esas aportaciones, incrementa y esgrime, como argumentos en contra, los estigmas clásicos de este sector, con lo que se les reduce a ser creadores de investigación, técnicos, divulgadores del conocimiento según el dictamen del llamado pensamiento único, mientras en su entorno van proliferando titulaciones y diplomas de todo tipo para reducir el número de estrellas de investigación y agrandar un mercado de trabajo que se considerará de segundo orden.

Aquí nos urge afrontar lo que analistas actuales denominan la repolitización de la tarea profesional o las dimensiones de republicanismo entre ellas. La orientación anterior ha sido normalmente centrada en las actividades concretas de las profesiones y más vinculado a comportamientos correctos de donde nacieron los códigos deontológicos.

En el contexto actual se hace imprescindible una dimensión en que los profesionales no sólo se preocupen por el ejercicio de la profesión “sin manchas”, sino que han de entrar desde su situación a la de sus profesiones, que se interaccionan con otras fuerzas en un cambio estructural. En una realidad compleja como la que vivimos no es posible una ética profesional reducida a lo puramente individual.

3.- En este contexto: identificación con la propia profesión.

En estas situaciones hay una primera llamada: autoidentificación con el propio trabajo. Redefinirlo, recrearlo e identificarse con él, vinculándolo a los proyectos de vida y opciones evangelizadoras.

Las circunstancias en que se vive el trabajo profesional son muy variadas. Nos encontramos con gente que trabaja en un determinado sector porque es lo único que ha encontrado y las necesidades le obligan a situarse de cara a su misma subsistencia. Existen profesionales que no eligieron, sino que cursaron lo que pudieron por los “*numerus clausus*”. Aparecen personas agobiadas y atenazadas por los modos en que trabajan o los fines ambiguos que descubren en los efectos de sus tareas. La reflexión de este apartado no ha de ignorar este panorama para que las conclusiones no sean tajantes y sin otras salidas.

Es previo a todo planteamiento concreto de actuaciones o compromisos, que el profesional descubra y viva su propia situación y trabajo en un ambiente de plausibilidad personal. Por esta razón es sumamente positivo que se reflexione y estudie la configuración actual de las fuerzas sociales y sus

papeles de cara a un servicio en la utopía que buscamos: un mundo de hermanos a todos los niveles y hacer presente el Reino de Dios. Es necesario, de alguna manera, autoidentificarse con la propia tarea y descubrir, profundamente, la aportación que se puede hacer desde sus condiciones.

En la parábola de los talentos (Mt. 25, 14 – 30) podemos ver que, precisamente el que no valoró sus posibilidades en su justa medida y no se adaptó a lo recibido, fue el que no rindió y fue rechazado por el Señor, que le dotó de esas posibilidades. No se trata de situarse en posiciones lucidas o aplaudidas desde análisis y proyectos en el contexto ambiental, sino de ser fiel al máximo con lo recibido para hacerlo fructificar.

Identificarse con la profesión o redefinir esa misma profesión y articularla, de tal manera que sea un elemento más en el contexto de transformación social y servicio a los seres humanos en sus demandas. Los militantes cristianos que están situados en profesiones y trabajos reconocidos socialmente, o de prestigio social, aparecen algunas veces llevando sus profesiones de un modo un tanto vergonzante, por los comentarios que algunas veces nos rodean, de infravaloración de esos lugares como plataformas para optar por los pobres. Es necesario reflexionar estas cuestiones y hacer estudios o análisis con elementos actuales. El descubrimiento del tesoro de nuestras opciones, por las que estamos dispuestos a darlo todo, lleva consigo vincular nuestra tarea profesional en esa urdimbre, de tal manera que superemos divisiones en nuestra vida. Hay que encontrar el tesoro que ha de dinamizar nuestra persona desde dentro, hay que encontrar, redescubrir, recrear nuestra tarea vinculada a nuestras opciones.

4.- Claves para una ética del trabajo profesional

Desde las coordenadas que hemos ido exponiendo queremos ofrecer dos claves que nos parecen fundamentales para vitalizar una ética en nuestra realidad de comienzo de siglo, y por lo tanto, para dinamizar el trabajo profesional desde unas pautas humanizadoras. Los dos marcos de referencia que ofrecemos son la **compasión** y el **disenso**, en relación a dos elementos configuradores de nuestro mundo: el **sufrimiento** y el **consenso** generalizado.

A.- La compasión

Ante la situación de una humanidad dolorida, y recogiendo el legado cultural judeocristiano que se hace especialmente visible en la parábola del Samaritano, la compasión tiene un significado fundamental en los planteamientos de la ética actual.

Son significativas las últimas palabras que Marcuse, ya cercano a su muerte, dirigió a Habermas: *“¿Sabes? Ya sé dónde se originan nuestros juicios de valor más básicos: en la compasión, en nuestro sentimiento del sufrimiento de los demás.”*

Estas palabras del viejo pensador frankfurtiano, al final de su vida, sintetizan el descubrimiento por donde deriva gran parte del pensamiento ético de la actualidad.

Los seres humanos están embarcados en el proceso de su propia construcción, tanto personal como comunitaria. Pero en ese itinerario se dan condiciones históricas concretas, entre conflictos de todo tipo, donde van surgiendo víctimas inocentes, situaciones excluyentes y dolorosas. Es tal el juego de poderes e intereses, que se han ido llenando las cunetas de la historia de apaleados y desvalidos. Gracias a la compasión surge la moral que va a

cuidar por el respeto a la persona como valor absoluto, y va a velar por los mecanismos de consolidación y garantía para que las relaciones comunitarias sean constructivas. Así la moral da respuesta a la justicia y a la comunidad, elementos necesarios en una ética integral.

La mirada al sufrimiento reviste al ser humano de entrañas morales. Unas entrañas que, en la traducción de la palabra que utiliza la parábola del samaritano con la expresión griega de “*Jignomay*”, tiene como referencia el revolverse por dentro todas las entrañas. Es necesario que ese sufrimiento se descubra en su auténtica crudeza, creado por los seres humanos y que llega a su culmen en la pobreza con su multitud de rostros. Este tipo de sufrimiento tiene sus llagas físicas que se palpan y se tocan con las manos, que al mismo tiempo abre heridas en la propia conciencia. La conciencia del ser humano tiene que sentir sobre sí la responsabilidad de que el mundo está dividido entre ricos y pobres, entre los que se mueren de hambre y a los que le sobra de todo. Por lo tanto, la compasión no es una virtud pasiva o un simple “sentir” que sale de la propia sensibilidad. Es una imposición desde fuera, una llamada que viene del rostro del otro machacado, al que hay que dar una respuesta. Aquí está la fuerza de esta experiencia como un cuchillo de doble filo que puede clavarse en el corazón del ser humano y suscitar este sentimiento que le revista moralmente ante la situación de los demás.

Esta clave nos impulsa a estar siempre situados en el terreno de las víctimas. Ver la realidad desde la cuneta, y desde ahí emitir el juicio y elaborar respuestas, partiendo desde los más cercanos detalles de nuestra práctica profesional hasta las propuestas organizadas de cara a cambios mayores. Muchas de nuestras planificaciones, elecciones de lugares, juicios o modos de comportamientos, serían diferentes si los hiciésemos situados desde los márgenes.

Hemos de convertirnos en samaritanos y desechar las posturas del levita y sacerdote de la parábola, que no entraron en los márgenes sino que se quedaron en sus esquemas de comportamiento programado dentro del camino

oficial. Este criterio ha de estar siempre sobrevolando en nuestros discernimientos y decisiones, tanto en casos concretos como ante situaciones globales.

B.- El disenso

Ante la imposición irremediable de un pensamiento único justificador de intereses, la práctica del disenso, la crítica o denuncia profética en sus diversos modos, ha de estar presente en la elaboración de criterios y enfoque de los problemas.

Queremos aportar aquí la lectura de otra parábola del Evangelio, que nos puede suscitar elementos para situarnos en este apartado.

“Por eso con el Reino de los Cielos sucede lo que con el dueño de una finca que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña. Después de contratar a los obreros por un denario al día, los envió a su viña. Salió a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: “id también vosotros a la viña y os daré lo justo”. Ellos fueron. Salió de nuevo al medio día y a primera hora de la tarde e hizo lo mismo. Salió por fin a media tarde, encontró a otros que estaban sin trabajo y les dijo: ¿Por qué estáis aquí el día sin hacer nada? Le contestaron: “porque nadie nos ha contratado” Les dijo: “Id también vosotros a la viña”. Al atardecer el dueño de la viña dijo a su administrador: “llama a los obreros y págales el jornal empezando por los últimos hasta los primeros”. Vinieron los de media tarde y cobraron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que cobrarían más; pero también ellos cobraron un denario cada uno. Al recibirlo se quejaban del dueño diciendo: “estos últimos han trabajado sólo un rato y les has pagado igual que a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor”. Pero él respondió a uno

de ellos: “amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No quedamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Si yo quiero dar a este último lo mismo que a ti, ¿no puedo hacer lo que quiera con lo mío? ¿O es que tienes envidia porque yo soy bueno? Así los últimos serán los primeros, y los primeros, últimos”.

(Mt. 20, 1 – 16).

Es una parábola desconcertante. En principio aparece un dueño injusto y unos trabajadores con respetables protestas y reivindicaciones; el oyente o lector, en principio, se pone de parte de la protesta de los trabajadores. Se trata de un planteamiento “distinto”. Los esquemas de pensamiento del Reino, los valores, los estilos son realmente revolucionarios. Disienten con la realidad totalmente. El principio de comportamiento va más allá que lo aparentemente justo. Es el principio del amor por encima de la justicia distributiva. Este principio de actuación se coloca más allá y rompe criterios legales y del llamado sentido común. Todos actuarían de la otra manera. Aparece una nueva doctrina, un nuevo estilo. Nuestra presencia en la realidad puede ser chocante, como lo fueron las conclusiones de este relato para los oyentes de Jesús.

En el contexto de decisiones en la sociedad contemporánea todo se canaliza por medio del consenso. La política, la ética, los acuerdos por consenso gozan de garantía general y por ese camino se intenta orientar el mecanismo de nuestro mundo. Habría que analizar si todos los consensos que aparecen refrendados son correctos o son simples pactos y cambalaches.

Ante los pactos, consensos y acuerdos, que pueden estar viciados por la exclusión de los interesados, es necesario introducir el imperativo del disenso. Los mismos derechos humanos han ido formulándose en la

humanidad a partir del grito de los disidentes, que han obligado a los poderosos a tomar otros acuerdos.

Hablamos de disenso en el ambiente democrático de comienzos de siglo, donde existe la consulta popular, los ciudadanos se sienten más o menos representados en la toma de decisiones y se hace el esfuerzo de oír la voz de todos los implicados. Hablar de disenso en este marco es, al menos, arriesgado y disonante, e incluso puede parecer un atentado a las instituciones democráticas. Precisamente por estar inmersos en una sociedad de acuerdos generalizados, donde el consenso tiene el peligro permanente de convertirse en pactos de intereses, donde hay seres humanos que aún no tienen palabra y, si la tienen, carecen de medios para hacerse oír en igualdad de condiciones en la mesa del diálogo y discusión, precisamente ahí nos parece necesario el disenso a la hora de construir una ética abierta a soluciones de futuro.

Nos referimos y hablamos de una situación en la que los acuerdos fácticos son permanentes, se crean estados de opinión uniforme y las propuestas neoliberales se ofrecen como única alternativa para la pobreza que azota el planeta tierra. El poder cuasi absoluto de los medios de comunicación como divulgadores de cultura y creadores de estados de opinión se imponen con la orquestación de un pensamiento único. Pensar y opinar fuera de esos esquemas se considera negativamente utópico y conduce a la marginación intelectual. Desde esta perspectiva la disidencia tiene un valor fundamental y, según algunos pensadores, tiene la encomienda de fundamentar los derechos, o al menos dinamizar el proceso para que arranquen desde una auténtica matriz.

En esta tarea el mundo profesional tiene posibilidades privilegiadas, ya que para hacer frente al bloque de pensamiento oficial es necesario estar capacitados de conocimientos y análisis que descubran los fallos en las propuestas de influencia. Se han de situar desde la visión directa de la pobreza y los sin nombre, y desde las herramientas de análisis de las que están dotados por su preparación.

Esto lleva consigo discernimiento serio y confrontado para no caer en fundamentalismos, tan de moda en nuestra realidad. La referencia obligada siempre es el rostro del otro como llamada a una compasión real y efectiva.

Este disenso puede hacerse presente en algunos espacios como acuerdos colectivos de los profesionales de una misma rama, posturas de sectores que se unen para llevar adelante reivindicaciones, modos de actuación y en estados de opinión.

5.- Repolitización de las profesiones

En el ejercicio de la profesión hay una dimensión individual de conciencia y de tarea diaria, de trato personal con los usuarios, que hemos tratado en otras aportaciones y encuentros más exhaustivamente. Pero hay otra dimensión que cada vez se hace más necesaria. La llamaríamos, en el más noble de los sentidos de la palabra, “politización de la profesión”. La profesión ha de ser un elemento de cambio y transformación de los sectores donde se ubica y de cara al proyecto global de humanidad al que aspiramos.

Los profesionales y sus organizaciones han estado durante tiempo desprovistos de esta dimensión política. Hablamos en el sentido de que se considerase esta tarea no como algo venido desde instancias exteriores, sino desde la misma entidad de cada profesión. Es necesario unir y sintetizar la ética personal de un trabajo bien ejecutado en el quehacer cotidiano y una ética política o social de compromiso con las estructuras deshumanizadoras de nuestro mundo, de tal manera que se vayan aunando progresivamente todos los elementos dinámicos nacidos en cualquiera de los sectores, pero animados por el proyecto común de cambiar desde las raíces la sociedad que vivimos.

Con esta dimensión conectamos con la reflexión que se envió durante el curso para preparar esta sesión de estudios: “El Posadero”. Es necesario unir al samaritano, que acude a la persona concreta llevado desde entrañas de

compasión, con el posadero, que ofrece estructuras o pautas organizadas para dar respuesta, y que se una a un llamamiento al levita y al sacerdote para hacer, no sólo una terapia sobre los males, sino conseguir que el camino de los crímenes desaparezca y sobren las cunetas.

6.- Sugerencias finales

Aportamos tres sugerencias, que no son ni excluyentes ni únicas, para orientar tareas y compromisos de acción en nuestra realidad. Estas sugerencias tienen como objetivo fecundar la imaginación de todas para que podamos ofrecer más estilos, espacios y claves donde cada grupo pueda situarse en el compromiso a llevar adelante.

- Ante una sociedad de excluidos y marginados, constituirmos en agentes sensibilizados, que seamos como **guías** que rehabilitemos a individuos y colectivos en un proceso serio de desarrollo, comenzando por gestos pequeños y sencillos que hagan ambiente de calor humano en un mundo que segrega permanentemente bolsas de exclusión.
- Ante una sociedad que está en permanente riesgo y que crea espacios de vulnerabilidad, ofrecernos como **vigías** que estén atentos a crear dinámicas y pedagogías de prevención, tanto a nivel personal como familiar y grupal. Profesionales de la prevención de cara a las zonas, cada vez mayores, de vulnerabilidad; hemos de ser un signo para nuestro tiempo. Este servicio de **vigías** lleva consigo desde la denuncia ante los peligros ecológicos, las consecuencias de

políticas nefastas, hasta los proyectos educativos especialmente dedicados a la adolescencia y juventud.

- Ante las situaciones sangrantes y urgentes de dolor, guerra, hambre, abrimos a ser **acompañantes** que sean capaces de curar como el samaritano las heridas al mismo borde del camino. La animación del voluntariado especializado, que pueda ejercer este acompañamiento en las más diferentes áreas, sin descuidar los espacios cercanos, es una tarea fundamental en la que podemos también implicarnos¹.

7.- Conclusión

Con esta aportación hemos querido seguir en la línea de la reflexión sobre la parábola del samaritano.

Durante mucho tiempo la compasión suscitada en los colectivos, especialmente los cristianos, se ha concretado en labores individuales y de atención a momentos de dolor de todo tipo pero sin tocar las causas que producían esas situaciones.

Hay que unir el posadero y el samaritano, enganchar en el trabajo al levita y al sacerdote (no separar el culto a Dios de la atención al hermano).

En esta línea ofrecemos esta segunda aportación, sólo como pistas, para pensar e imaginar proyectos entre todos y todas.

¹ Estas sugerencias las he tomado del cuaderno que he publicado recientemente “La universidad construcción solidaria”. Cuadernos del Aula Manuel Alemán nº 1. Vicerrectorado de Cultura de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.